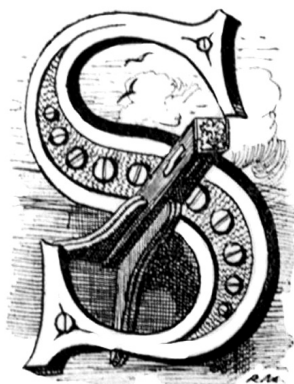


¡SURSUM CORDA!

Pedro L. DE LA PUENTE GARCÍA-GANGES



Dos viejos submarinistas



I el teniente de navío Isaac Peral y Caballero y el almirante Mateo García de los Reyes levantarán hoy la cabeza y tuviéramos una charla entre compañeros submarinistas, nos encontraríamos con unos sentimientos diferentes por las distintas trayectorias vitales de estos personajes de nuestra admirable historia naval, pero creemos que con un punto en común de satisfacción propia, aunque con un toque amargo, por el deber cumplido en lo que a submarinos se refiere.

Al oficial inventor, tentado de proclamar a los cuatro vientos aquello de «os lo dije», su cortesía y maneras de oficial de la Armada se lo impedirían, a pesar de su fuerte carácter, y solamente sonreiría al comprobar que su idea no fue en absoluto descabellada y, aunque tarde, sus méritos han sido reconocidos a nivel nacional tanto en su casa madre, la Armada, como por el resto de esa sociedad a la que amaba contra el viento, la marea y las contradicciones de muchos de sus compañeros y conciudadanos. Satisfacción con un regusto amargo porque su sana ambición detectar el insuficiente reconocimiento internacional de su aportación a la historia del submarino, tarea pendiente que habrá de acometer en su momento, venciendo los obstáculos que presenta, día sí y otro también, el chovinismo soberbio que empaña el trabajo de historiadores de la materia allende de nuestros mares y de los Pirineos.

El almirante y ministro (1) porque, 100 años después, puede contemplar los frutos de una orden cumplida con ejemplar tenacidad por él y sus sucesores.

(1) También inventor, según el doctor en Historia Agustín R. Rodríguez González en su artículo de esta REVISTA (abril 2015) «Una patente de don Mateo García de los Reyes para las mejoras en los sumergibles o submarinos».

res y comprobar que la apuesta de la Armada desde aquella Ley Miranda fue un acierto. Pero quizás también con cierto sabor amargo al percibir que esos frutos se tambalean cuando ve que el proceso de obtención del próximo submarino de su querida Armada está aún saliendo de una difícil disyuntiva de futuro, precisamente cuando celebramos el centenario de la creación del Arma Submarina; mal momento para vacilaciones y el mejor de todos para ponerse el mono de vencer dificultades, que para eso estamos. Nadie dijo que iba a ser fácil.

El submarino, otra plataforma naval

En definitiva, estos dos viejos marinos se mostrarían moderadamente satisfechos. Pero antes de volver a la atalaya desde la que nos contemplan, no dudarían en transmitirnos su sorpresa al comprobar que en algunos mentideros surgen ciertas dudas... ¿por qué y para qué los submarinos?, ¿de verdad hacen falta? Típicas, tópicas, lógicas y legítimas preguntas producidas por el ambiente de razonable incertidumbre que ha generado aquella disyuntiva. Sorpresa, porque a ninguno de nuestros personajes submarinistas se le escapa que las ideas nos hacen fuertes, pero las convicciones invencibles, y a ellos está claro que a eso de la convicción submarinista no les gana nadie, y más si echan un vistazo a la evolución del submarino como plataforma naval desde sus tiempos hasta hoy. Sorpresa al ver que mientras en las naciones de nuestro entorno estas unidades menguan en cantidad pero no en calidad (todo lo contrario), en el resto del mundo no para de incrementarse el número de submarinos, tanto en países pequeños como en potencias emergentes, y en las que ya han dejado de emerger y se han convertido en realidad. Sorpresa que a ambos, por su carácter y espíritu submarinista, les movería a lanzar un grito de ánimo, el que lleva el título de este artículo (2), a la Armada en general y al Arma Submarina en particular.

Es por eso que resulta conveniente transmitir en estas líneas ideas sobre los submarinos que respondan a aquellas preguntas. Para el lector que ha llegado hasta aquí e intuya que lo que sigue es un alegato del submarino, viéndose abocado a recurrir a otras lecturas, le adelantamos que no es así, aunque nos tomaremos la licencia de utilizar la cursiva al mencionarlo: vamos a hablar del *submarino*, pero dejando sentado que, ni es el arma definitiva, ni la panacea para solventar otras carencias. La historia tiene varios ejemplos de estas peligrosas conclusiones y nos enseña que nunca ha sido bueno cargar la mano estratégica en una determinada plataforma naval. Una Fuerza Naval moderna ha de ser equilibrada en actores y capacidades y, si además cuenta con multi-

(2) ¡Arriba los corazones!

plicadores de fuerza con peculiaridades únicas como el *submarino*, se hace más eficaz en escenarios complejos como son los actuales. Y por ahí van a ir los tiros de nuestras reflexiones y conclusiones.

Discreción y principios, y viceversa

Resulta de obligado cumplimiento partir de un argumento que por manido no deja de ser incontestable, y que no es otro que la principal peculiaridad del *submarino*, su punto fuerte que lo hace único a la hora de compararse con otras plataformas que juegan en cualquier escenario naval, su capacidad para mantenerse oculto y a la que siempre nos hemos referido como discreción; característica que va más allá del destacable sigilo con el que otras plataformas navales pueden actuar.

El *submarino* del teniente de navío Peral era un arma defensiva, casi de usar y tirar, pues tenía que volver a puerto para cargar sus baterías; y los de la época de almirante García de los Reyes no hacían otra cosa que sumergirse cuando tocaba, y por eso eran más sumergibles que submarinos. Hace ya mucho tiempo que esto no es así, y esa discreción se ha convertido en el punto fuerte del *submarino* actual, ya sea convencional sin AIP (3), con él o nuclear, salvando las distancias entre unos y otros. Tan fuerte que se ha convertido en un elemento estratégico de primer orden porque puede hacer algo que otros no pueden: no llamar la atención y tener al contrincante de frente pero sin que él sea consciente de ello, lo que nos trae a la memoria la iniciativa y la sorpresa, dos principios de la guerra naval, tan viejos como ella, y la disuasión, una misión de cualquier fuerza naval, inseparable de la defensa, a la que aporta un valor añadido nada desdeñable.

Es cierto que hay disuasión con mayúsculas y con minúsculas: la que aporta un *submarino* balístico, o con misiles de crucero con cabeza nuclear, escondido el tiempo que haga falta en capas profundas a donde no llegan los demás, y la que tienen el resto de submarinos que, tan ocultos como aquellos, no por ello dejan de infundir en el otro el desasosiego, la incertidumbre y la inquietud suficientes para pensarse las cosas dos veces antes de actuar, restando iniciativa, y sumando el importante esfuerzo adicional en recursos que supone contrarrestarlo para que no cause desagradables sorpresas. En resumen, un engorro para el adversario, y más en aguas costeras, presentes en la mayor parte los escenarios navales actuales.

(3) Acrónimo en inglés de «Propulsión Independiente del Aire».

Tecnología, armas y tácticas

A nadie se le escapa que el continuo avance de la tecnología mantiene en un constante estado de cambio y mejora a cualquier arma; no iba a ser diferente con el *submarino*, y ello obliga a reconsiderar con la misma continuidad su empleo.

Así, con el paso de los años y esos avances (4), a aquella discreción en progresión ascendente se asocian, en similar progresión y de forma natural, otras características. Sin detenernos mucho en ellas, estamos hablando de mayor discreción, de capacidad de detección, sobre todo acústica, de capacidad ofensiva con sus minas, torpedos y misiles, incluidos en estos últimos los de ataque a tierra, y el lanzamiento de unidades de operaciones especiales; de capacidad de supervivencia en tanto en cuanto se mantenga encubierto, ya que en caso contrario se hace vulnerable, pero ya no tanto; de versatilidad para poder cambiar de misión según lo demande la situación; de flexibilidad de empleo, ya sea de forma independiente, apoyando a una fuerza o incluso integrado en ella; de autonomía, permaneciendo en la mar más tiempo y más lejos si fuera preciso; de movilidad, por la mejor relación entre velocidad y discreción (5); de conectividad, en la que nos detendremos posteriormente y, por último, de persistencia submarinista en el empeño.

Todo ello convierte al *submarino* —como veremos a continuación, detallando solamemnte las cuatro últimas características— en una herramienta más que deseable para el mando de una fuerza naval.

El control del mar y del submarino

Comenzando por la *persistencia*, cualquier *submarino* es capaz de acceder y permanecer por semanas o meses operando con independencia, *autonomía* y *movilidad* en áreas en las que otras plataformas o no pueden o no deben estar por el momento, llevando a cabo, con antelación y con su discreta presencia, cometidos diversos, como pueden ser los de vigilancia, reconocimiento y recolección de inteligencia. Un cometido viejo y nuevo a la vez, pero no el único, que reporta importantes beneficios y que ha de tenerse en cuenta, incluso antes de comenzar con las primeras etapas del planeamiento de una operación ante los iniciales atisbos de crisis, y en tiempo de paz cuando hablamos de su capacidad para contribuir discretamente al conocimiento del entorno

(4) Una síntesis de esos avances, a caballo de nuestros 100 años de historia submarinista, se puede encontrar en el artículo del contralmirante Santiago Martínez de Lejarza Esparducer, «Submarinos españoles. Los cien años de la saga» (REVISTA GENERAL DE MARINA, abril 2015).

(5) Por este orden, los submarinos nucleares y los convencionales dotados con AIP son un claro ejemplo.

marítimo, elemento esencial de la seguridad marítima, otra misión de la Armada.

En segundo lugar, la ejecución de cualquier misión encomendada a una fuerza naval (6) pasa por poder utilizar el entorno marítimo en la extensión y tiempo que sea necesario en sus tres dimensiones, con libertad de acción, sin que le perturbe el contrincante, ya sea porque le impide utilizarlo con libertad o porque sencillamente puede contrarrestarlo. A eso se le llama control del mar, y para obtenerlo no hay más remedio que conseguir superioridad frente a cualquier amenaza aérea, de superficie y submarina, lo que requiere un notable esfuerzo para el que nunca parecen suficientes los recursos disponibles.

Para ello el comandante de una fuerza naval necesita de todo en cantidad y calidad, cargando la mano en esta última porque la superioridad tecnológica en armas y sensores, a día de hoy, es la única opción para poder compensar la escasez de medios e incrementar la capacidad de combate de las actuales plataformas navales. Aunque a nadie se le escapa que para contrarrestar la amenaza debajo y sobre la superficie no existe ni la plataforma única ni la perfecta. Eso se consigue disponiendo de las capacidades necesarias en las plataformas que mejor las puedan usar; y de ahí surgen, entre otros, los porta-aeronaves y sus aeronaves, los escoltas con capacidad de combatir en las tres dimensiones... y los submarinos.

Con esos mimbres, con los medios justos (cantidad) y las mejores y variadas capacidades (calidad), se trata de planear su actuación en la mar buscando la acción coordinada —integrada estaría mejor dicho— de los medios cuyas capacidades se complementan en beneficio de aquel control del mar necesario para llevar a cabo cualquiera de las otras subsiguientes misiones de la fuerza naval y en las que el *submarino* tiene mucho que decir, aunque detenernos en ello alargaría demasiado este artículo.

Llegados a este punto conviene detenerse en una capacidad que no ha hecho sino crecer al mismo ritmo que las ya mencionadas de discreción, sensores y armas; pero si cuantificamos esa mejora en lo que supone de mayor flexibilidad de empleo del *submarino*, estimamos que supera a las otras. Estamos hablando de la *conectividad*, de la capacidad de comunicarse, término este último que se queda corto; estamos hablando de Mando y Control (C²), ese invisible e imprescindible nexo de unión del que manda con el mandado, lo que permite al que manda recibir en tiempo oportuno, calidad, cantidad y, en el menor tiempo posible, la información necesaria para evaluar la situación, tomar decisiones y transmitir nuevas órdenes con la oportunidad debida, sin comprometer su discreción.

(6) Entre otras, aseguramiento de la libertad de navegación, del comercio marítimo y de la acción y proyección del poder naval sobre tierra.

En la prehistoria del *submarino*, y hasta no hace mucho, la dificultad técnica de compaginar velocidad y discreción, por un lado, y las escasa capacidad de intercambio de información, por el otro, eran los puntos débiles que obligaban a los submarinos a actuar prácticamente con independencia (7). Eso de comunicaciones «rápidas, seguras y fiables», o «robustas», como les gusta repetir a los expertos en el tema, no eran más que una quimera en comparación con otras plataformas navales o aéreas contemporáneas del *submarino*, lo que dificultaba notablemente mantenerlos cerca de la fuerza propia, so pena de tener dificultades de todo orden, las más graves, las indeseables acciones *blue on blue*. En esa situación, además de un engorro para el contrincante, el *submarino* resultaba ser un incómodo incordio para las fuerzas amigas.

Ya no es así. No hay más que leer el artículo sobre las comunicaciones del submarino en este mismo número (8) para darse cuenta de lo que ya hay, y lo que queda por llegar, que no está tan lejos. El avance en la capacidad de comunicarse con estas unidades, de intercambiar información, ha sido de tal envergadura que bien utilizado puede formar parte de la Fuerza Naval, sobre todo en sus cometidos antisuperficie y antisubmarino, multiplicando su eficacia en estas capacidades. Tras décadas actuando con independencia, su mayor capacidad C^2 permite que las operaciones de apoyo a una fuerza naval en sus diversas modalidades sean ya prácticamente una rutina, pero no son el último grito. Sumando C^2 y movilidad, estamos hablando también de integración del *submarino*, dejando de percibirle como un cuerpo extraño en la Fuerza Naval, sino como un elemento más, trabajando codo con codo con el resto de plataformas, en ocasiones como un escolta más para protegerla. Cierto es que la velocidad de un submarino no es su fuerte, y más la de un convencional, pero la preeminencia de los escenarios costeros minimiza ese impedimento.

La cuña de la misma madera

«No hay peor cuña que la de la misma madera». A nadie se le escapa que cuando llegó la hora de contrarrestar la plataforma de disuasión por excelencia, el *submarino* balístico (o ahora con misiles de crucero con cabeza nuclear), apareció otro, el cazador. Como en el caso del huevo y la gallina,

(7) No nos olvidamos de la «manadas de lobos», cooperando y coordinando entre ellos y con el mando a base de comunicaciones radio. La aparición del avión obligó a los submarinos, ya sea actuando en manada como con independencia, a usar la discreción hasta el extremo, reduciendo su movilidad a unos valores poco útiles e impidiendo un adecuado intercambio de información. El abordaje del estudio del retorno de las manadas a los escenarios actuales sería más que interesante.

(8) «Las comunicaciones en el submarino del futuro. Una visita a la radio del S-91», del capitán de corbeta Rafael Delgado Carpenter.

sería difícil dilucidar qué fue antes, el *boomer* o el *hunter-killer*, pero nadie parece ahora dudar de que la tarea de contrarrestar la amenaza del *submarino*, nuclear o no, debe ser asignada, entre otros, a otro *submarino*.

Tiene sus riesgos pues ambos se encuentran en el mismo entorno, entre dos aguas, y la historia poco dice al respecto, pues los enfrentamientos en combate de este tipo no se han producido en la medida suficiente que permitan afirmarlo, dejando claro que esa ausencia de enfrentamientos no significa que no haya habido «encuentros» entre ellos, y de forma más que habitual. Si además, al cazador se le une como aliado el tradicional peor enemigo del *submarino*, el avión de patrulla marítima, lo que ya se ha convertido en una táctica habitual en continuo progreso (gracias a las mayores posibilidades de comunicarse) para contrarrestar la amenaza del *submarino*, las posibilidades antisubmarinas de una fuerza naval se multiplican, no debemos olvidarlo.

En el jardín industrial

En las líneas precedentes hemos intentado presentar al lector la importancia del *submarino*, bajando de lo estratégico a lo táctico, pasando por lo operacional. Se nos han quedado cosas en el tintero, ya que hemos querido destacar aquello que abre caminos a la hora de considerarlo como una plataforma naval más, tan imprescindible como otras, y con ciertas características específicas que no pueden ser descartadas a la hora de pensar en términos inseparables, como son los de defensa y disuasión.

Pero nos queda algo por decir. Hemos hablado de que con los recursos disponibles hacen falta unidades muy capaces y superiores tecnológicamente. Y como están las cosas, una nación como España, si ambiciona ser eficaz en la mar y puntera en el ámbito industrial, no puede permitirse el lujo de recurrir al viejo dicho que tan de cabeza nos ha traído a lo largo de nuestra historia, que no es otro que aquel que ya espetaron en su día tanto al teniente de navío Peral como a otros inventores: «que inventen otros», y que en estos tiempos difíciles para nuestros submarinos podría traducirse por ese recurso fácil de «que los construyan otros».

No debería ser así. El teniente de navío Peral construyó uno de los primeros submarinos de la historia; en tiempos del almirante García de los Reyes la labor continuó en nuestros astilleros, y seguimos haciéndolos. Tan cierta es esta pequeña parte de la historia y presente de nuestra construcción naval como obvio el hecho de que un buen *submarino* tecnológicamente superior no lo construye cualquiera, obviedad que se ha convertido en un reto de notables proporciones para nuestra industria y una exigencia para apostar por ella, buscando «en casa» la excelencia para la Armada en general y para el futuro de nuestra Arma Submarina en particular.

Conclusiones

En definitiva, los submarinos son unidades que cuentan con una gran capacidad ofensiva y poseen la ventaja de operar de forma encubierta durante largos períodos de tiempo. Estas características les hacen ser especialmente útiles en la misión genérica de disuasión y defensa, y en particular en el cometido operativo de control del mar, tanto para negar su uso al adversario como para permitir libertad de maniobra al tráfico mercante y a las fuerzas propias.

Además, su versatilidad y discreción le permiten desempeñar cometidos relacionados con la proyección del poder naval, como las misiones de infiltración en la costa de unidades de operaciones especiales, y participar en las funciones posibilitadoras de vigilancia, reconocimiento y recolección de inteligencia en zonas avanzadas en apoyo a una fuerza naval.

Dicho de otra forma, por razones estratégicas, operacionales, tácticas (e industriales), poner en duda la necesidad de disponer de submarinos en una fuerza naval moderna y creíble es, cuando menos, arriesgado.

No perdamos el ánimo, ni mucho menos nos rasguemos las vestiduras. Cuando se busca la excelencia necesaria, en diseño y construcción, para afrontar las amenazas de estos tiempos que nos ha tocado vivir, es natural encontrarse con problemas tecnológicos inesperados y, como dijimos al principio, toca vestirse el mono de trabajar más y mejor.

Por eso digo a mis queridos compañeros lo que nos dirían en estas circunstancias el teniente de navío Peral y el almirante García de los Reyes: *¡Sursum Corda!*

BIBLIOGRAFÍA

Concepto de Operaciones Navales del Almirante Jefe de Estado Mayor de la Armada. Año 2015.

NATO Submarine White Paper: Submarine Performance in Complex Battle Space, del comandante del Mando Aliado de Submarinos. Año 2013.